El Señor de Chantilly

Anne de Montmorency, Condestable de Francia



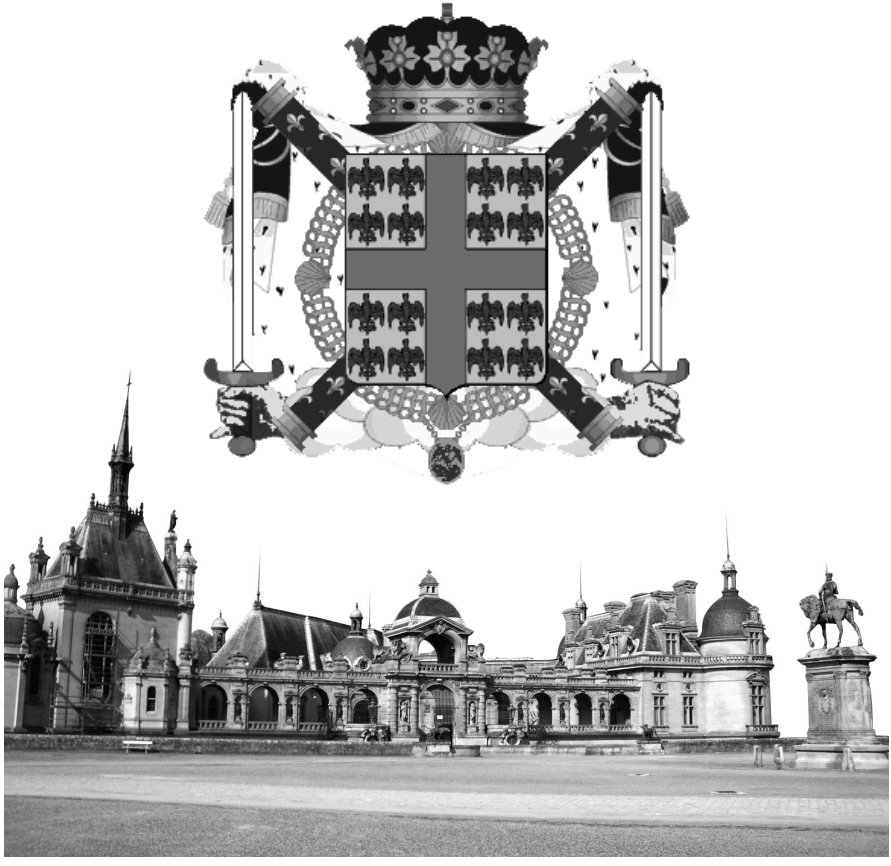
Ignacio Danvila

Vision Libros

Ignacio Danvila

El Señor de Chantilly

Anne de Montmorency, Condestable de Francia



El Señor de Chantilly

Anne de Montmorency, Condestable de Francia

Vision Libros

Cubierta: Palacio de Chantilly en la actualidad y Blasón de Anne de Montmorency, con la corona ducal, manto azur y armiño como Par de Francia, bastones con flores de lis de Gran Maestre, collar de la Orden de San Miguel y espadas de Condestable. El escudo de armas con la cruz de gules, incorpora los dieciséis aguilones de los estandartes capturados por Mateo II de Montmorency en la batalla de Bouvines.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2013 EL SEÑOR DE CHANTILLY
Ignacio Danvila
© 2013 Editorial: Vision Libros
C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España
Web: www.visionlibros.com Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-344-8
ISBN electrónico:
PDF drm: 978-84-9011-345-5
EPUB drm: 978-84-9011-346-2

Descargado de: www.visionlibros.com

Disponible en papel y ebook
www.visionlibros.com
www.terrabooks.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

A mi padre que, al contarme desde que yo era niño la vida y gestas de los Montmorency Damville, especialmente las de Anne, me supo inculcar la simiente que ahora brota en forma de este libro sobre el más ilustre de los portadores de esos apellidos.

Estoy seguro que, con paternal benevolencia y desde su descanso eterno, disfrutará con la lectura de las páginas que siguen.

Agradecimientos

A todos aquellos que, en algún tiempo pasado, jalonaron la historia de la humanidad sirviendo a su patria con lealtad, generosidad y total entrega, y que no recibieron, ni de sus contemporáneos ni de los que les siguieron, justo y público reconocimiento. A los que, con su reiterado interés, constante aliento o mediante la aportación de valiosos datos y documentos, me animaron y ayudaron en la confección de este libro. En especial, es de justicia dejar aquí constancia de la valiosísima aportación documental facilitada por el Instituto de Francia y la Biblioteca Nacional francesa, sin cuyo concurso no habría sido posible disponer de muchas de las informaciones que aquí se recogen.

Nota del autor sobre nombres y apellidos

Cada idioma tiene sus propios y normales sonidos. Es la "música" peculiar de cada lenguaje. Así, refiriéndonos a sustantivos en general y nombres propios en particular, en español es común y mayoritaria la terminación –o para el género masculino y la terminación –a para el femenino.

No ocurre lo mismo en el idioma francés, donde la terminación –e muda, muy frecuente por otra parte, se emplea indistintamente para ambos géneros. Así tenemos "le livre" por el libro y "la table" por la mesa. O, más definitivamente, "homme" para hombre y "femme" para mujer.

De aquí que el nombre de pila de nuestro protagonista, Anne, llamado así por ser amadrinado en la pila bautismal por la reina Ana de Bretaña, generosa protectora del padre de Anne, Guillermo de Montmorency, no tiene en francés una connotación fónica femenina tan clara como su traducción en español. Incluso cabe decir que no tiene connotación alguna de género, pues son frecuentes los nombres propios masculinos franceses que tienen la misma terminación de la –e muda, como Claude (Claudio), Antoine (Antonio), etc. Por éso, a menudo, el idioma francés recurre al diminutivo para distinguir tanto fónica como gráficamente el apelativo femenino del masculino, como es el caso de Claudette por Claudia, Antoinette por Antonia, etc. Por este motivo, el autor, refiriéndose al Condestable, ha preferido mantener su nombre en francés, Anne, para distinguirlo además de otras Anas, mujeres claro está, que aparecen en el texto.

Otra cuestión es la relativa a los apellidos de los personajes de este libro. Hay que aclarar en primer lugar que, en la época y hasta varios siglos después, el concepto actual de apellidos era inexistente, y lo que en la clase llana era el oficio, característica

física o cualquier otra circunstancia diferenciadora, entre los miembros de la hidalguía y la nobleza, venía definido normalmente por el señorío, castellanía, baronía, etc., es decir, tenía carácter de identificación patrimonial, lo que podía significar en la práctica que varios hermanos se distinguieran no solo y como es natural por sus nombres de pila sino, además, por los "apellidos" que llevaban y que correspondían a sus respectivos señoríos.

De esta forma, los hijos del Condestable Anne de Montmorency son y eran conocidos en su tiempo como: Francisco de Montmorency el primogénito, por ser el titular del señorío de Montmorency, el más antiguo de la familia y que hacía referencia a la localidad cuna de la misma; Enrique Damville el segundo, por poseer el territorio y señorío de Damville, segundo en antigüedad e importancia del patrimonio familiar; Charles Méru el tercero, Gabriel de Montbéron el cuarto y Guillermo de Thorey el quinto, por idénticas razones.

Y una última consideración: los apellidos o nombres de familia son, a veces, traducidos, cuando alguna rama familiar se implanta con carácter más o menos estable en un país con idioma diferente y es así conocida con carácter general. Con la excepción de Borbón (Bourbon), Estuardo (Stuart), Guisa (Guise), Bolena (Boleyn), Farnesio (Farnese) y quizás alguno más de traducción plenamente aceptada en nuestro idioma, no lo hemos querido hacer con otros apellidos de este libro, en los que no se da esa circunstancia. Tal es, por ejemplo, el caso de Damville, una de cuyas ramas se afincó en el siglo XVII en Norteamérica con la versión Danville y otra en España, en la región de Levante, con la versión valenciano-castellana de Danvila. Esta rama española se extendió a finales del siglo XIX, y sobre todo en el XX, además de en Valencia, por Andalucía y Madrid, aportando en ambos siglos importantes políticos, legisladores, diplomáticos e historiadores.

Índice

Introducción **15**

Capítulo I
La fuerza de un linaje **21**

Capítulo II
Una familia leal a una familia real **33**

Capítulo III
La personalidad de un personaje **55**

Capítulo IV
Un estadista moderno **79**

Capítulo V
El "alter ego" del rey **121**

Capítulo VI
El soldado que amó la paz **157**

Capítulo VII
La lucha entre fe y política **195**

Capítulo VIII
El arte y la cultura, camino a la gloria **235**

Capítulo IX
El constructor del Renacimiento **271**

Capítulo X
Los Montmorency en Chantilly **309**

Capítulo XI
Carta del autor al Condestable **335**

Árboles Genealógicos **347**

Campañas de Anne de Montmorency (1510 – 1567) **353**

Posesiones de Anne de Montmorency **357**

Tras las huellas de Anne de Montmorency **365**

Galería de Personajes **371**
El Cardenal de Lorena (Carlos) **373**
Carlos IX de Francia **374**
Catalina de Médicis **375**
El Condestable de Borbón **376**
Diana de Poitiers **377**
Enrique III de Francia **378**
Enrique Damville **379**
Enrique de Guisa **382**
Francisco II de Francia **383**
Francisco de Guisa **384**
Gaspar de Coligny **385**
Isabel I de Inglaterra **386**
Leonor de Austria **387**
Luis XII de Francia **388**
Luisa de Saboya **389**
Margarita de Austria **390**
María Estuardo **392**
María Tudor **393**
Referencias cronológicas **395**
Bibliografía **419**

Introducción

El siglo XVI contempla la plena eclosión de Europa a los tiempos modernos. Sepultados los regímenes feudales en la centuria anterior por el Renacimiento, las grandes y emergentes naciones europeas, como España, Portugal, Inglaterra, Francia y Rusia, buscan su plena identidad como estados unitarios y la consolidación de sus fronteras geográficas. También a su manera, los principados alemanes y los ducados italianos luchan por encontrar su papel en la naciente época histórica, aunque su unificación política y administrativa tardará aún varios siglos en ser lograda.

Este nuevo tiempo no sólo tiene su traducción en las artes plásticas y en el terreno del conocimiento, sino que, además, afecta a profundamente al conjunto de la sociedad, revisando conceptos hasta entonces incuestionables o inamovibles como política y religión, guerra y diplomacia, derecho y autoridad real, que van a determinar las nuevas formas de relación entre los países y sus ciudadanos, entre los reyes y sus súbditos, entre los estados y los poderes financieros, entre el papado y los fieles.

En este contexto emergente, España y Francia buscan, sin más treguas que las forzadas por la recomposición de sus respectivos ejércitos campaña tras campaña, un liderazgo hegemónico en el concierto europeo. Una herencia, una dote matrimonial, un pretendido derecho histórico, un tratado incumplido, etc., cualquier argumento es válido para sostener un enfrentamiento que fue una de las características recurrentes del acontecer del siglo XVI.

Esta posición de supremacía por la que pugnan los dos países, no sólo se busca en el terreno político y militar, sino que también se extiende al terreno religioso, en donde se enfrentan con singular virulencia, especialmente desde la frontal oposición a la Reforma Luterana, el rey "católico", es decir, España, con el rey "cristianísimo" ("très chrétien"), es decir, Francia.

Así, el detonante definitivo de las hostilidades entre ambas monarquías, ya iniciadas sin demasiada contundencia en tierras italianas años antes, es la elección de Carlos V como emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico, ganándole la partida en la designación, producida en 1519, al rey Francisco I de Francia. En la dieta de Frankfurt convocada con motivo de la muerte de Maximiliano, abuelo de Carlos, ha habido unanimidad y el joven Habsburgo será solemnemente coronado en Aquisgrán el 23 de octubre de 1520 como Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Con esta proclamación, el nuevo césar moderno, Carlos, es el soberano más poderoso del mundo conocido y lleva sobre sus sienes las cuatro coronas: la de diamantes, recibida en Toledo, como rey Carlos I de España y de las Indias; la de plata, en Aquisgrán, como Emperador Carlos V de Alemania; la de oro, en Bolonia, como rey de romanos y jefe de la Cristiandad; y la de hierro, en Milán, como rey de los longobardos, es decir, del Milanesado.

El grandioso poderío político, militar y de alianzas de Carlos V se extiende no sólo por el inmenso continente americano recién descubierto y en rápida conquista y colonización, sino que amenaza, especialmente tras la estrepitosa derrota gala de Pavía en 1525, la propia existencia del reino de Francia, con su rey preso en Toledo y Madrid, su ejército destrozado, sus finanzas

exhaustas y con una nobleza y jefes militares desaparecidos en la "debacle" italiana o profundamente desmoralizados.

Pero, afortunadamente para los Valois, tanto Francisco I como Enrique II y sus jóvenes hijos, futuros reyes Francisco II y Carlos IX, cuentan entre sus fieles servidores con la persona y personalidad de un hombre excepcional en el más amplio y profundo sentido del término: Anne de Montmorency Damville.

Perteneciente a uno de los linajes más antiguos de Francia, que ya prestaba servicio a los Capetos al comienzo del segundo milenio, Anne de Montmorency, noble de cuna, soldado hasta la médula por vocación (desde los 16 años hasta su muerte con 74 en acción de guerra), católico ferviente ("Dios ayuda a su primer cristiano", reza el lema familiar) y corazón medieval pero cabeza renacentista, supo convertirse durante gran parte del siglo, en pieza clave de los reinados de Francisco I y Enrique II, que le elevaron a las más altas instancias de la nación, convirtiéndose así en el prototipo de lo que hoy llamaríamos, con reducción conceptual sin duda, primer ministro.

¿Qué autoridad no llegaría a tener el Condestable Anne de Montmorency al que sus reyes visitaban con frecuencia en sus posesiones de Ecouen y especialmente de Chantilly, convirtiendo esta suntuosa mansión y a su propietario en el centro de gravedad de la política francesa?.

¿Cómo es que hasta el mismo emperador de la cristiandad, Carlos V, se aloja en su maravilloso palacio cuando acudía a los Países Bajos a sofocar la revuelta de Gante y su hijo, Felipe II de España, le escribe con frecuencia para interesarse sobre la evolución del denominado conflicto religioso?.

Anne de Montmorency hizo íntimamente suyo el lema en el que se inscribía y realizaba la estrategia política del trono de Francia, "una fe, una ley, un rey" (une foi, une loi, un roi), e hizo valer, con esa profunda confianza en la paz estable y duradera que le definió, sus más que amplias dotes diplomáticas en numerosos tratados que llevaron su sello personal (Madrid, Cambrai, Crépy, Cateau Cambresis, Vaucelles, Boulogne, y un largo etcétera), convenios que preservaron la integridad y dignidad de la corona francesa ante el poderío de Carlos V y Felipe

II y las veleidades de Enrique VIII de Inglaterra, Isabel I y Solimán el Magnífico.

El pensamiento de Anne de Montmorency concibe sin ningún género de duda una Francia profundamente unitaria bajo el mandato indiscutible de su rey ("el rey de Francia es emperador en su reino") pero, al mismo tiempo, no duda en aliarse con estados protestantes para contrarrestar el poderío imperial, en ser y comportarse como un auténtico jefe de familia, aumentando hasta el límite sus posesiones de palacios, castellanías y tierras, bien otorgadas por el monarca de su tiempo o bien adquiridas, y en conservar estrechos lazos de amistad con familiares, amigos y artistas que habían abrazado la Reforma protestante.

Pero Anne de Montmorency, además de un profundo creyente, tiene un gusto apasionado tanto por la cultura antigua (hace traducir al francés textos de la Roma clásica) como por las artes del Renacimiento, que traslada a sus palacios de Fère, Ecouen y Chantilly con ampliaciones espectaculares, interiores suntuosos y colecciones fabulosas, como lo podía haber hecho un príncipe italiano de la época.

Se puede afirmar, pues, y sin pecar de exageración, que así como los hijos de San Ignacio de Loyola, contemporáneos del Condestable, constituyeron la viga maestra de la iglesia católica en la época de la Reforma, Anne de Montmorency, a la vez actor esencial en la escena del Renacimiento francés y gran barón feudal de la Edad Media, con su dilatada y prolífica existencia, constituyó en sí y por sí mismo, la columna vertebral del reino de Francia hasta el advenimiento de la dinastía borbónica, a la que legó un país recuperado territorialmente y fortalecido políticamente, estableciendo así los fundamentos para la hegemonía francesa en el concierto europeo que se alcanzó a lo largo del siglo XVII.

Pocos países, de entre los que han configurado la historia de la humanidad, deben tanto y durante tanto tiempo a una persona noble de cuna y corazón, católico ferviente, bravo soldado, hábil diplomático, ilustre mecenas del Renacimiento, leal servidor de la corona y, sobre todo, hombre de Estado, como Francia al Condestable Anne de Montmorency Damville.

Capítulo I
La fuerza de un linaje

Anne de Montmorency nace el 15 de mayo de 1493 en Chantilly. En esta pequeña localidad al norte de Francia y a pocos kilómetros de París se levantaba la fortaleza de Orgemont, donde vivían sus padres, ya que el castillo de Montmorency, solar familiar, había sido destruido por los ingleses en 1358 y nunca fue reconstruido.

Sin embargo, la corta distancia entre Chantilly y Montmorency fue enseguida recorrida por el recién nacido para recibir, pocos días después, las aguas del bautismo en la capilla familiar. Hasta allí acudió nada menos que la reina de Francia, Ana de Bretaña, en calidad de madrina. Guillermo, padre de Anne, no tuvo mejor ocurrencia que agradecer la presencia y madrinazgo real imponiendo a su hijo el sorprendente nombre de Anne.

A estas alturas de fines del siglo XV, los Montmorency tienen más pasado que presente. En el año 1005, Buchardo el Barbudo, leal servidor de la monarquía capeta, especialmente bajo el reinado de Roberto el Piadoso, recibió a cambio de sus servicios el castillo de Montmorency. En esta pequeña localidad y en

Damville, en la Normandía, se hundían las raíces familiares. Durante los siglos siguientes, los Montmorency Damville dieron a Francia cuatro condestables (jefes supremos de las fuerzas armadas), un gran chambelán, un mariscal, un gobernador de la Picardía y un sinfín de oficiantes del entorno privado e íntimo de los reyes.

Emparentar con la familia real era, pues, cuestión de tiempo. Así, Mateo I Montmorency, Condestable de Francia, casa con Alix de Saboya, viuda del rey Luis VI.

Luis VIII, antes de morir, y su heredero Luis IX, ponen su reino en manos de Mateo II, el gran Condestable vencedor de Bouvines. Carlos I de Montmorency fue elegido por Carlos V de Francia como padrino de su hijo y sucesor, Carlos VI.

El sucesor de Carlos I de Montmorency, Jacobo I, es designado chambelán del rey. De su esposa, Felipa de Melun, prima y ahijada del duque de Borgoña, nace Juan II de Montmorency, personaje clave en nuestra genealogía.

Pero la influencia de los Montmorency entra en franco declive cuando Carlos VI de Francia cede su sucesión al rey de Inglaterra, Enrique VI. Juan II de Montmorency, a la vista de lo anterior, no duda en prestar todo su apoyo a Carlos VII de Francia y participando junto con Juana de Arco en la reconquista de Francia, recupera todos sus bienes hacia 1470.

Juan II de Montmorency se había casado en 1422 con Juana de Fosseux, hija del duque de Borgoña, con la que tuvo dos hijos: Juan de Nivelle y Luis de Fosseux.

A la muerte temprana de Juana, Juan II de Montmorency casa en segundas nupcias con Margarita de Orgemont. De esta unión nace Guillermo, padre de Anne de Montmorency, tercer hijo por lo tanto de Juan II de Montmorency.

Las guerras civiles que asolan la Francia de Luis XI tienen como consecuencia, dado el apoyo de Guillermo a la casa real, la erección de Montmorency en baronía.

Estas guerras civiles no eran más que el producto del enfrentamiento entre Luis XI y su hermano Carlos, duque de Berry, aliado de Carlos el Temerario, futuro duque de Borgoña. En ellas, los hijos mayores de Juan II de Montmorency no dejan

de enfrentarse entre sí y frente a Luis XI, por lo que son desheredados por su padre. De esta forma, Guillermo, tercer hijo, con la aprobación del rey Luis XI, pasa a heredar la baronía de Montmorency y todas las posesiones anexas a la misma, entre las que destaca el señorío de Ecouen.

No obstante, y a título de curiosidad, por las disposiciones legales y testamentarias, no fue hasta 1527 cuando el propio Anne de Montmorency compró a los sucesores de los desheredados hermanastros de su padre, la cuarta parte de sus dominios.

Volviendo a Guillermo de Montmorency, padre de nuestro Anne, casa en 1484 con Ana Pot, hija del señor de la Roche. En 1492 hereda de su tío materno, Pedro de Orgemont, las tierras de Chantilly, Aussois, Chavery y Montépilloy. Y de su cuñado Renato, muerto sin descendencia, los señoríos de Rochepot, Châteauneuf y Thorey en Borgoña y de la Prugue en Berry.

Guillermo de Montmorency acrecienta así su patrimonio. Pero su influencia con Luis XI es más bien escasa y sólo desarrolla funciones de consejero y chambelán del rey de Sicilia, Carlos IV de Anjou.

Con la muerte de Luis XI, su importancia en la corte se acrecienta y es designado como consejero, chambelán y jefe de caballerizas del efímero Carlos VIII.

Cuando el sucesor de Carlos VIII, Luis XII, parte para Italia, nombra a Guillermo de Montmorency asistente y consejero personal de la reina Ana de Bretaña. Aquí y entonces se fragua la estrecha amistad entre Guillermo y la reina, quien acabaría, entre otras cosas, siendo la madrina de su hijo.

Sin perder el favor real, ya durante Francisco I, sucesor de Luis XII, Guillermo de Montmorency añade a sus títulos anteriores el de capitán real del castillo de Saint Germain en Laye y de la Bastilla, Conserje de la Torre de Beauté sur Marne, miembro de número y collar de la Orden de San Miguel y Caballero de Honor de Luisa de Saboya, madre de Francisco I.

Guillermo se sienta con frecuencia entonces en el Consejo Real y después del desastre de Pavía (1525), es llamado por el Parlamento para defender París de un eventual ataque del em-

perador Carlos V y sus terribles tercios españoles. Culmina su servicio a la monarquía cerrando un tratado con la Inglaterra de Enrique VIII mientras Francisco I está preso en Toledo y Madrid.

Tuvo tiempo Guillermo de Montmorency para reconstruir el castillo-palacio de Chantilly, su residencia habitual, demoliendo la antigua capilla y construyendo una nueva bajo la advocación de Santiago y San Cristóbal. La decoró con hermosas vidrieras con representaciones de su esposa, Ana Pot, sus tres hijas y sus cuatro hijos.

No obstante, su obra más destacada fue la reconstrucción de la colegiata de San Martín, en Montmorency, erigida por su antepasado Mateo I, y que se encontraba en ruinas. En 1515, Guillermo emprende la tarea de edificar en los terrenos de la antigua colegiata, un santuario destinado a servir de necrópolis de los miembros de la familia.

Incluso, en sus años postreros, con su hijo Anne en continuas misiones diplomáticas o militares, es Guillermo quien supervisa los trabajos de ampliación de Chantilly. Allí, rodeado de andamios y operarios, recibe Guillermo a Francisco I en ausencia de Anne, de visita en Londres donde intentaba fraguar una alianza con Enrique VIII de Inglaterra.

Activo como todos los miembros de la saga, Guillermo de Montmorency también tiene tiempo para promover la traducción al francés de textos clásicos o latinos. Así, Alberto Pío, conde de Carpi, le dedica la traducción del latín de la "Respuesta a Erasmo" con un manuscrito datado hacia 1530 en el que dice: "Al muy poderoso y noble señor Guillermo de Montmorency".

Igualmente, la "Historia Romana" de Apio es traducida por Claude de Seyssel y ejecutada para Guillermo de Montmorency figurando en su cabecera el escudo de armas de los Montmorency con la divisa familiar: "Dios ayuda al primer cristiano" ("Dieu aide au premier chrétien"), divisa que alternó a lo largo de su vida, como asimismo hicieron sus descendientes, con la de "aplanos", palabra que en griego significa inmutable, indefectible, y que hoy día aún puede verse repetidamente en el patrimonio material que ha podido conservarse de la familia

Montmorency, tal como grabados del Condestable Anne, vajillas, libros etc.

Mientras tanto, Anne, de campaña en Italia, no deja de ocuparse de la salud de su padre y le envía quesos y productos típicos del país trasalpino. No había finalizado la coronación de la reina Leonor de Austria, hermana de Carlos V, y segunda esposa de Francisco I, cuando Anne es llamado urgentemente a Chantilly. Allí, acompañado por sus hermanas la condesa de Laval y la abadesa de Maubuisson, asiste al fallecimiento de su padre, ocurrido el 24 de mayo de 1531, a los ochenta años de edad, edad por cierto muy avanzada para la época.

Fue enterrado en la iglesia de Saint Martin, de Montmorency, circunstancia que aprovecha Anne para manifestar su deseo de ser, en su día, enterrado en ese mismo lugar.

Cuando nace Anne en 1493, es el segundo hijo de Guillermo, barón de Montmorency y Ana Pot. Su hermano mayor, Juan, es por lo tanto el heredero presumible de la baronía. Anne va creciendo en las sombrías fortalezas de Chantilly y Ecouen, y practicando los ejercicios típicos de un joven noble en el campo: la caza, la equitación y las armas.

Educado mayoritariamente por su madre, adquirió de ésta una profunda piedad y amor al orden y al trabajo, cualidades que tanto aplicó a lo largo de su vida como hombre de Estado.

A los diez años de edad, el padre de Anne, Guillermo, que entonces gozaba del favor del rey Luis XII, consigue que su hijo se eduque con Francisco, conde de Angulema y presumible heredero de la corona cuando case con la hija de Luis, Claudia. Anne parte pues para Amboise, donde vivía el joven Francisco con su madre Luisa de Saboya. Allí, Anne y Francisco comparten juegos y educación pero, sobre todo, forjan una amistad que tendrá consecuencias trascendentales para la historia de Francia.

El futuro Francisco I bromea con sus compañeros de instrucción y juegos, y les "asigna" sus empleos para cuando él sea rey: para Anne, Condestable y por lo tanto jefe de su ejército; para Philippe de Brion, almirante y jefe de la flota real; y para Marin de Montcheru primer Maestre de palacio y de la corte. Poco se equivocó en sus premoniciones el joven Francisco.

Durante unos años, Luisa de Saboya, madre de Francisco, sigue con enorme y morbosa atención los partos fallidos de la esposa de Luis XII, Ana de Bretaña, y, con el paso del tiempo, se va reafirmando en su ambición de ser la madre del futuro rey de Francia.

Pero en 1510 ocurre algo importante en la vida de Anne de Montmorency. El 24 de febrero fallece su madre que es inhumada en Saint Martin de Montmorency. Este hecho es decisivo para Anne que, falto del cariño y protección maternos, se enrola con diecisiete años como voluntario en el ejército de Luis XII. No sabía, seguramente, que esa decisión iba a marcar definitivamente su vida en los próximos ¡cincuenta y siete años!.

Antes de su partida para luchar contra los venecianos, el padre de Anne, miembro del consejo de regencia de la reina Ana, ordena sus asuntos familiares y lega la baronía de Montmorency a su primogénito Juan mientras que Anne recibe el señorío de La Rochepot.

Pero el destino juega a favor de Anne de Montmorency. A la muerte de su hermano mayor Juan en 1516 sigue en 1518 la del heredero de éste, Claudio. Esto significa que Anne añadirá a la baronía de La Rochepot, las tierras de Montmorency, Damville, Ecouen, Chantilly, Montepilloy, Chavercy y Le Thillay, una vez fallezca el viejo barón, cosa que ocurrió el mes de mayo de 1531. De esta forma, el caprichoso destino ha querido que el segundo hijo (Anne, de Guillermo) de un tercer hijo (Guillermo, de Juan II de Montmorency) acceda a uno de los más extensos patrimonios de Francia. No contento con ello, mediante donaciones, herencias, confiscaciones y adquisiciones, Anne de Montmorency llega a lo largo de su vida a poseer más de seiscientos feudos, ciento treinta castillos, tierras y señoríos, y cuatro grandes mansiones en París. Para colmo, la muerte de su hermano pequeño Francisco ocurrida en 1551 sin dejar herederos, permite a Anne heredar todo el patrimonio de su familia materna, los Pot, que se extiende inabarcable por la Borgoña, Berry, Auvergne, Bretaña, Anjou, La Picardía y Champagne.

En Normandía, por medio de adquisiciones, Anne de Montmorency también posee un patrimonio importante. La joya del mismo es la castellanía de Damville, que se había incorporado

al patrimonio familiar por donación del rey Felipe el Hermoso a Mateo IV Montmorency pero que había salido de la familia por una dote matrimonial. En 1552, esta castellanía de Damville fue erigida en baronía por Enrique II para recompensar los servicios militares de Anne.

A los castillos, feudos, señoríos, condados y baronías que llegó a poseer Anne de Montmorency hay que añadir las posesiones urbanas, entre las que destacan los citados palacetes parisinos: uno en la calle Saint Antoine correspondiente a sus antepasados los Orgemont; otro, en la misma calle, heredado de los Pot; un tercero, el palacete de Damville, situado en la actual calle Sevigné; y un cuarto palacio en la calle del Temple.

Pero de toda la constelación de castillos y tierras que forman el inmenso patrimonio de Anne de Montmorency, hay tres astros que brillan con luz propia: Montmorency, Chantilly y Ecouen.

El primero, Montmorency, el antiguo burgo alrededor del cual los descendientes de Buchardo habían desarrollado su castellanía, abarcaba las tierras de la poderosa abadía de Saint Denis y las pequeñas aldeas locales a las que ofrecía protección de todo tipo. Así se convierte en el siglo XVI en la capital de la baronía del mismo nombre. Colgando de un mascarón rocoso, rodeada de viñedos, y bañada a sus pies por el lago Enghien, a pesar de controlar uno de los accesos a París, no tiene prácticamente más que un valor simbólico. El castillo, destruido en el siglo XIV tras la guerra contra Inglaterra, empuja a sus castellanos a las posesiones de Ecouen y Chantilly. No deja de ser curioso que Anne, reconstructor de los dos palacios anteriores además de los castillos de Fère, Offemont, Gandelu y Compiègne, nunca quiso restaurar la fortaleza familiar, salvo las obras que llevó a cabo, completando las de su padre, en la iglesia de Saint Martin. Seguramente pensara que el único destino de Montmorency era, como así fue, el de servir de última morada a los miembros del linaje. De las ruinas de la guerra con los ingleses sólo quedó en pie, hasta el siglo XVIII, la Torre del Homenaje.

Ecouen, el segundo de los astros rutilantes del imperio inmobiliario de los Montmorency, aparece por primera vez entre los bienes de la familia en 1183. Feudatarios sus dueños de la

abadía de Saint Denis, fijan en Chantilly, quizás por esa causa, su principal lugar de residencia, una vez heredado el palacio de los Orgemont.

Cuando Enrique II, en 1551, y desafiando a todas las tradiciones, convierte en Duque y Par de Francia a un simple barón, su amigo y primer ministro Anne de Montmorency, constituyen un soberbio respaldo de propiedad a su designación las tierras de Ecouen, Montmorency y Chantilly.

El hecho es muy importante tanto para el nuevo duque como para un rango recién estrenado como es el de Par de Francia. No conviene olvidar que un Par de Francia representaba la mayor y suprema dignidad del reino después de la real. El número de Pares estaba absolutamente limitado a un máximo de doce (normalmente seis clérigos y seis laicos), en recuerdo de los doce Jueces de Israel y de los doce Apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo.

A principios del siglo XVI no existían más que siete Pares, el arzobispo de Reims, los obispos de Laon, Langres, Beauvais, Châlons y Noyon, y el conde de Flandes. Los nuevos Pares deberían designarse de entre los condes o duques pero, en la práctica, se reservaban a príncipes de sangre o señores de muy alto rango. De aquí que el Parlamento, que contaba atribuciones sobre el asunto, protestó ante Enrique II no sólo porque para entonces ya había más de seis Pares laicos (Flandes, Artois, Eu, Nevers, Vendôme, Guisa, Montpensier y Aumale), sino porque entendían, además, que el salto a la nueva dignidad del candidato real era excesivo para las costumbres y exigencias de la institución.

Nada de esto arredra a Enrique II y en un edicto de su propio puño y letra, fechado el 2 de julio de 1551, dice entre otras cosas: "Considerando la nobleza de la casa de Montmorency, los servicios rendidos, por sus miembros y sobre todo por Anne de Montmorency, mariscal, gran maestre y Condestable de Francia, considerando que la baronía de Montmorency es la primera del reino, erijo a Anne de Montmorency en título, nombre, dignidad y preeminencia, como Duque y Par de Francia, y que si constituciones y ordenanzas de cualquiera de mis predecesores

pretendieren limitar a seis el número de Pares laicos sean consideradas desde este momento derogadas".

Físicamente, el nuevo ducado de Montmorency queda compuesto por las tierras y castellanías de Montmorency, Ecouen y Chantilly, a las que el rey añade los señoríos vecinos de Montépilloy, Champversy, Courteuil, Vaux le Creil, Tillay, Le Plessis y La Villeneuve. No obstante, la reclamación posterior del abad de Saint Denis, del que era tributario Ecouen, hace que el ducado tenga dos focos principales: Montmorency con los feudos importantes de Villiers, Saint Leu y Méry sur Oise, y Chantilly.

Anne de Montmorency no había desmerecido de este favor real: su lealtad nunca desmentida ni por sus enemigos a la persona del rey, su energía implacable puesta al servicio del orden interior del reino y su política diplomática con su compleja familia y amigos, le han hecho sobradamente acreedor al pedestal desde el que contempla la historia presente de Francia, en la que tan activamente participa.

Duque de Montmorency, barón de Damville, castellano de Fère, conde de Dammartin, Anne, que además es ministro, diplomático, soldado y consejero del rey, requiere todo un consejo para centralizar la administración de sus inmensos dominios. Para ello elige al abad de Saint Romain de Blois como presidente, asistido jurídicamente por el Presidente de la Cámara de Cuentas de Bretaña, el Presidente del Parlamento de Borgoña y el Presidente del Parlamento de París.

Por su parte, la guardia física y administrativa de castillos y mansiones era confiada a capitanes y conserjes, respectivamente. Desde 1527, Pedro de Garges era capitán de Chantilly y fue sucedido a su muerte por Juan Guillemot. En Fère, Cristóbal de Garges, hermano de Pedro, es el capitán entre 1529 y 1552, siendo sucedido por Antonio Mazon, señor de Tournelles y Vizconde de Damville.

Ciertamente, Anne de Montmorency no tiene, salvo alguna excursión cinegética, contacto físico con sus dominios, excepción hecha de las visitas a sus tres o cuatro destacados palacios. La única relación real que mantiene con ellos es de lo más prosaica: sus rentas. No tiene razones sentimentales para ligarse a sus posesiones que, con las excepciones apuntadas, para Anne

de Montmorency sólo tienen un fin lucrativo. De ahí que, en su entorno, tenga una cierta reputación de persona interesada y ávida. Pero el Condestable sabía de sobra que los títulos de duque y Par los había conseguido tanto por su valía personal como por su riqueza.

Sobre todo, comprendía que un verdadero señor del Renacimiento no podía fundar sus derechos sobre la antigüedad de una familia, si ésta no era iluminada por el lujo fastuoso que había visto en los príncipes y duques italianos.

Podríamos concluir este breve repaso a la historia del patrimonio de Anne de Montmorency añadiendo que, sin riesgo de caer en exageración, no sólo era de los más extensos de Francia, sino que, incluso, rivalizaba con el mismo poder territorial de la casa real. Pero su lealtad sin fisura a los monarcas con los que convivió y a los que sirvió en su dilatada existencia, podría quedar resumido afirmando que la casa Montmorency no fue una "monarquía" en la sombra o una "monarquía" dentro de la monarquía legítima, sino que más bien y ante todo, fue una "familia leal a una familia real".

Capítulo II
Una familia leal a una familia real

La familia, ese sutil y básico núcleo social, ha sido desde siempre, por encima de los sentimientos, una herramienta política que no han dudado en emplear, más otrora que hoy día, es cierto, reyes, papas, príncipes y cualesquiera otros titulares de poder.

Anne de Montmorency, sin embargo, no se decantó única y exclusivamente en ese aspecto pragmático de la familia al servicio de sus intereses, sino que también supo desarrollar en ella sus mejores cualidades afectivas.

A los diez años, cuando su padre le destina como compañero de juegos y estudio con Francisco de Angulema, futuro rey de Francia, ya empezó a intuir la importancia de la familia y las relaciones sociales a ella ligadas en su futuro personal y político.

Así, Felipa de Montmorency, hermana de Guillermo y por lo tanto tía carnal de Anne, se había casado en segundas nupcias con Guillermo Gouffier, señor de Boisy. De este matrimonio nacieron tres hijos, primos hermanos de Anne de Montmorency: Arturo, gran maestre de Francia, Guillermo, almirante, y Car-

lota, que al casarse con Renato de Brissac puso a este noble apellido en la órbita de los Montmorency.

Por su parte, Anne de Montmorency tuvo tres hermanos y tres hermanas. El mayor de la casa, Juan, se casó en 1510 con Ana de Boulogne. Pero fallece pronto, en 1516, seguido poco tiempo después por sus dos herederos.

De esta forma, Anne de Montmorency, segundo de los varones, se convierte automáticamente en heredero de la baronía de Montmorency. El hermano que le sigue en edad, Francisco, señor de La Rochepot, se casó con Carlota de Humières, hija del gobernador de los Infantes de Francia. Anne no desaprovechó este parentesco y relación para participar, discretamente, en la educación de los infantes de la casa Valois. Por último, el varón pequeño de la familia, Felipe, fue obispo de Limoges y murió joven, en 1519.

Las hermanas de Anne de Montmorency, exceptuada María que llegó a abadesa de Maubuisson, contrajeron también brillantes matrimonios. Luisa, dama de honor de la reina, se había casado en 1511 con el barón de Conty, Ferry de Mailly. De los tres hijos de esta unión, Magdalena, llamada así como su tía, la esposa de Anne de Montmorency, casó con Carlos de Roye y fue a su vez la madre de Leonor de Roye, sobrina nieta muy querida de Anne de Montmorency y que casó con Luis de Borbón, príncipe de Condé. Pero Luisa enviuda al morir el barón de Conty en la campaña de Italia de los años 1510-1512 y se vuelve a casar el 1 de diciembre de 1514 con Gaspar, señor de Coligny y Châtillon. De esta trascendental unión nacieron tres sobrinos de Anne de Montmorency, a cual más terrible (políticamente hablando) pero que fueron siempre muy queridos del Condestable: Odet, cardenal de Châtillon, Gaspar de Coligny, señor de Châtillon y Francisco, señor de Andelot. Toda esta rama de la familia se adhirió a la reforma protestante, lo que creó no pocos problemas de todo tipo a un católico ferviente como siempre fue Anne de Montmorency.

Tan orgulloso estaba Guillermo de Montmorency de su familia que en las hermosísimas vidrieras del ábside de la colegiata de San Martín en Montmorency, el mausoleo familiar, hizo grabar, como ya había hecho en Chantilly, de un lado del altar, a él

mismo con sus cuatro hijos varones y del otro a su esposa Ana Pot rodeada de sus tres hijas.

Curiosa y extrañamente para la época, Anne de Montmorency no contrae matrimonio hasta los ¡treinta y cuatro! años. Las continuas campañas bélicas en las que estaba inmerso desde los diecisiete años y un sentido de la oportunidad rayano en oportunismo, tuvieron sin duda que ver en lo tardía de su decisión de contraer matrimonio.

Ya en 1517, el padre de Anne, Guillermo, había "ofrecido" a Luis, señor de la Tremoille, casar a su hijo con la sobrina de éste e hija del señor de la Jouvelle, Jacqueline. El ofrecimiento de su hijo Anne era a cambio de una más que ambiciosa cláusula contractual en la que se estipulaba que si los hermanos Tremoille morían sin descendencia masculina, todos los títulos, armas, castillos y demás bienes pasarían a Anne.

Pero varias circunstancias torpedean este proyecto de matrimonio. De un lado, las guerras de Italia y la bravura de Anne, que le convierten en mariscal de Francia en agosto de 1522. Y de otro, la muerte de su hermano mayor Juan que le confirma como heredero de la baronía de Montmorency, hecho que, por si fuera poco, coincide con que Luis de la Tremoille ve nacer un nieto varón de su hijo mayor.

El señorío restante, de Jouvelle, era bien poco para las ambiciones de Guillermo y su hijo, que ponen entonces sus ojos en la casa de Saboya, linaje de la madre de Francisco I, María Luisa de Saboya, y por lo tanto linaje real.

Era precisamente Luisa de Saboya la que había tomado a su cargo a la hija del bastardo Renato de Saboya, Magdalena, en quien confluyen ahora los deseos de los Montmorency, padre e hijo.

Tras un tira y afloja engorroso para Anne de Montmorency entre el acuerdo firmado por su padre con los Tremoille y la más apetecible perspectiva de entroncar con la casa de Saboya, campaña de Picardía y campaña de Italia de por medio, Anne de Montmorency se decanta por esta última opción, toda vez que el desastre de Pavía de 1525 le hace entrar en muy estrecha relación con la reina madre Luisa de Saboya, que naturalmente ve con muy buenos ojos que aquel valiente guerrero, apuesto

mocetón y hábil diplomático entre a formar parte de su propia familia.

El enlace entre Magdalena de Saboya, hija de Renato, hijo natural del duque Felipe de Saboya, y Anne de Montmorency se celebra el 10 de enero de 1527 en Saint Germain en Laye, en presencia de toda la corte. Con este "adecuado" y, por fin, definitivo casamiento, socialmente, Anne de Montmorency ya forma parte del entorno de la familia real y tanto la madre como la hermana del rey le llaman "mi sobrino". Ya puede considerar como tíos al duque de Saboya, Carlos, y a su hermano, el duque de Nemours.

El rey, como regalo de boda, le dona las baronías de Fère en Tardenois y Montberon, el condado de Beaumont y el señorío de Compiègne, además de la suma de 50.000 francos. Luisa de Saboya, por su parte, le regala 6.000 libras y su suegra, la condesa de Tende, le constituye una dote de 50.000 libras. La lista de regalos se ve culminada con el nombramiento de gobernador de la poderosa e importante región de Languedoc.

A todo lo anterior, hay que añadir que, por su parte, Magdalena de Saboya tenía cualidades que convenían perfectamente a su esposo. Bella, sabia, discreta y virtuosa, cumplió a la perfección su papel de esposa de un personaje tan singular como Anne de Montmorency. Siempre vistió, a pesar de las influencias italianas y españolas en la moda femenina, al "viejo" estilo francés de la época, de amplios y pudorosos vestidos de anchas mangas y faldas, y escotes reducidos.

Fue una perfecta anfitriona cuantas veces acogió a la corte tanto en Ecouen como en Chantilly y su austeridad de carácter y costumbres, quizás excesiva, le hizo prohibir en sus recepciones todo tipo de bailes y mascaradas, tan en boga en la Francia de los últimos Valois. Fue particularmente devota, como era típico en la familia Saboya, de la Virgen de Loreto, a la que dedica una capilla en los jardines de Fère, y al mismo tiempo fue una administradora ordenada y eficaz en la gestión de las inmensas propiedades de la familia, tratando directamente con el presidente del consejo de su casa todo lo concerniente a compra, venta, permuta o liquidaciones patrimoniales. Hasta la muerte de Anne (1567) al que sobrevive diecinueve años pues-

to que muere en 1586, continuó con las actividades propias de un jefe familiar. Honró de una forma muy especial la memoria de su difunto esposo mediante la erección de imponentes monumentos funerarios, uno en San Martin de Montmorency y otro en el convento de Celestinos de París, recabando para ello el concurso de un gran arquitecto y de un gran escultor: Juan Bullant y Bartolomé Prieur.

Anne de Montmorency, marido fiel, mantuvo siempre un trato amoroso y exquisito con su esposa, pero la mayor gratitud que tuvo para ella fueron los cinco hijos y las siete hijas que le dio: Francisco nació en 1530, Enrique en 1534, Carlos en 1536, Gabriel en 1541 y Guillermo en 1546. Todos ellos aprendieron a leer y escribir de la batuta del señor de Fay, Juan de Saulterau. A pesar de ser hombre de profunda piedad, Anne de Montmorency no quiso que ninguno de sus hijos hiciera carrera religiosa, tal como era entendida en la época; quizás fue la única divergencia que tuvo con Magdalena, su esposa, a lo largo de su vida. Para ello, pensaba el Condestable, servían más y mejor sus sobrinos los Châtillon. Y así fue: todos los hijos de Anne de Montmorency vivieron siempre inmersos intensamente en la vida política y militar de Francia.

Lógicamente, el mayor interés que no predilección, que concentró en Enrique y Gabriel, lo destinó Anne de Montmorency a su primogénito Francisco, heredero del nombre, título y armas. Nacido el 17 de julio de 1530 mientras su padre negociaba con España la liberación de los infantes de Francia consecuencia del Tratado de Madrid y de la derrota de Pavía precedente, lo hizo en Chantilly, en los dominios familiares, aunque la reina y la hermana del rey habían presionado a Magdalena para que diera a luz en Alois, donde estaba la corte en esas fechas. El recién nacido no puede comenzar más "realmente" su existencia: Francisco I, rey de Francia, es su padrino de bautizo. Anne de Montmorency completó años más tarde esta relación tan halagüeña convirtiendo a este hijo en yerno del entonces rey, Enrique II, ya que se casó con Diana de Francia, hija bastarda y posteriormente legitimada del rey.

No le fue fácil este enlace al Condestable, pues el joven Francisco, antes de cumplir los veinte años y sin conocer los ambi-

ciosos deseos de su padre, se había prometido en secreto con Juana de Piennes, joven dama de honor de Catalina de Médicis, esposa de Enrique II. Pero las campañas contra el ejército del emperador Carlos V y el cautiverio de Francisco tras la batalla de Thérouanne en 1553, alejaron a los jóvenes prometidos. Esto fue hábilmente aprovechado por Anne de Montmorency que, por su cuenta, solicitó para su primogénito a Enrique II la mano de su hija natural Diana de Francia, habida de una aventura amorosa con una cortesana italiana de conducta "distraída", Felipa Duc.

Francisco no sabe como comunicar a su padre su compromiso con Juana y encarga a su primo el almirante Coligny la delicada misión, sabedor de la buena relación entre ambos. Éste, Coligny, llega a decir al propio Enrique II que el futuro y previsto esposo de Diana, está ya casado. El rey que visita a Anne de Montmorency el 3 de octubre de 1553 en Ecouen, le llama aparte y le hace conocedor del hecho. La reacción de Anne, frustrado por el fracaso de su proyecto, fue terrible. Además de ver cómo actuaba sin consultarle y le desobedecía su primogénito, había encontrado un obstáculo imprevisto en la escalada de su papel en el reino.

Para colmo de males todo esto ocurría antes de que finalizara el por otra parte inacabable Concilio de Trento (1545-1563) y a efectos canónicos éso significaba poder darse en matrimonio de forma verbal y sin consentimiento de los padres. Además, la ya habida unión carnal entre Francisco y Juana, confesada por el primero, hacía a los ojos de la Iglesia de Roma el matrimonio legítimo e imposible de anular.

Esta nueva contrariedad puso a Anne de Montmorency furioso, le hace desheredar a su hijo y se recluye en su palacete de Sainte Avoye de París.

Mientras, Juana es expulsada de la corte e ingresada en el convento de las Hijas de Dios, y Francisco es enviado por su padre a Roma con el fin de obtener del Papa la disolución del vínculo.

En Roma, el papa Pablo IV buscaba la alianza con Francia para enfrentarse a los españoles pero, al mismo tiempo, quería casar a Diana de Francia con su sobrino el duque de Palliano. A

lo enrevesado de la situación, instancias vaticanas arguyen que, además, no les consta el consentimiento de Juana para anular el matrimonio. Anne de Montmorency aprovecha esta última circunstancia para ordenar a su hijo por escrito que haga saber a su prometida que la ruptura es definitiva: "Si lo haces, satisfarás a Dios y a tu deber y me darás ocasión de olvidar el mal, la tristeza y la ofensa que me has hecho, volviendo a ser digno de mi gracia y aprecio, convirtiéndote en tan buen hijo como yo he sido para ti buen padre".

De la plena sumisión de Francisco a su padre es muestra palpable la carta que envía aquel a Juana, en la que le comunica que la abandonaba. Juana, lógicamente, reacciona amargamente y afirma de su hasta entonces prometido que "él demuestra bien a las claras que prefiere ser rico y poderoso que un hombre de bien".

Pero Francisco abandona Roma sin la dispensa deseada y para cuando llega a Francia, su padre, que no ha perdido el tiempo, ha obtenido del rey una ordenanza contra los matrimonios clandestinos y ha hecho creer engañosamente a Juana que el Papa había accedido a la disolución del compromiso. El propio Francisco declara bajo juramento ante una comisión que su compromiso de matrimonio con Juana no fue más que mediante "palabras".

Falsos juramentos, mentiras, amenazas, ordenanzas reales, todo hizo falta para que Francisco de Montmorency se casase, por fin, con Diana de Francia el 2 de mayo de 1557 en Villers-Cotterêts. Una unión que fue feliz mientras duró pero que no tuvo descendencia. Por su parte, la antigua prometida de Francisco, Juana, sólo volvió a la corte tras la muerte de Enrique II y acabó casándose en 1564 con Florimundo Robertet, señor de Alluye.

Mucho se habló en París de las circunstancias previas a la boda de Francisco y Diana, hasta el extremo que sobre el asunto se hicieron coplas populares narrando los amoríos del primogénito del Condestable con Juana de Piennes. Realmente, el propio Anne de Montmorency había hecho años antes algo muy parecido si no idéntico, abandonando a Jacqueline de la Tremoille por Magdalena de Saboya, prima de Francisco I.

Hay que admitir que si bien era poco menos que imposible contravenir los deseos del todopoderoso Anne de Montmorency, la debilidad de carácter de su primogénito Francisco era más que evidente. Sin embargo, Francisco era de una valentía encomiable, distinguiéndose en las guerras contra Carlos V, lo que le valió ser designado gobernador de París y de L´Ile de France, y ser nombrado mariscal. De naturaleza tolerante, aunque no se adhiere a la reforma protestante por solidaridad familiar y por las claras y fuertes presiones no exentas de amenazas de su padre, es moderado frente a ella.

Así, cuando el cardenal de Lorena, de la familia Guisa, pretende entrar en París con gente armada, Francisco le impide el acceso y hace venir en su ayuda a su primo, el más que destacado protestante Gaspar de Coligny.

A diferencia de su primogénito Francisco, con su segundo hijo Enrique, señor de Damville, nacido el 15 de junio de 1534, Anne de Montmorency tiene numerosas afinidades. Padre e hijo comparten un catolicismo ardiente y un amor decidido por la carrera militar. Además, Enrique es espiritual y brillante. Casó en 1558 con Antonia de la Marck, nieta de Diana de Poitiers, amante de Enrique II y sobrina de Francisco de Guisa, duque de Aumale.

La carrera militar de Enrique Damville, estimulada por el ejemplo paterno, es similar a la de su hermano Francisco: gentilhombre de la Cámara del Rey, coronel de caballería y mariscal desde 1566, despoja a su primo Coligny, hugonote, del empleo de almirante. Este hecho le enfrenta a su hermano mayor, Francisco, moderado y amigo de Coligny. Anne, padre de ambos, intenta reconciliarlos pero mientras que Francisco, gobernador de París, es odiado por los católicos parisinos, que prefieren a Damville, éste es nombrado gobernador del Languedoc, donde, desde su toma de posesión, se entrega a una decidida represión de los protestantes. Anne se resiste al intercambio de funciones entre sus hijos que muchos le recomiendan. Al final, los superiores intereses familiares prevalecen y se produce la reconciliación: Francisco, sin heredero, debe aceptar a Enrique como titular del linaje, y que sea él quien suceda al padre común con los títulos de Condestable, duque y Par de Francia.